

## EL POYETE SOLEDAD

El camino bajaba hacia Vejer desde los molinos de viento. Venía de la Breña, de las huertas de San Ambrosio, del río y hasta de la mar. Dejaba a la izquierda la Iglesia de San Miguel y a la derecha el cuartel de los carabineros. Era un camino polvoriento entre vallados de pita bordeando la loma del cementerio allá arriba con sus viejos cipreses.

Hace mucho, mucho tiempo... Soledad vivía en las primeras casas del pueblo, hacia la bajada del barranco de Almaraz, frente al Castillo, la judería y las murallas encalás. Era un cortijo de mojinetes y tejas cuajadas de verdín, su patio de geranios, el pozo embrujado de caliches y yerbabuena en el arriate.

Soledad siempre estaba esperando. Recién casada, un día su marido salió por la mañana y no volvió más. Las vecinas decían, murmuraban, relataban... que si en la costa unos moriscos corsarios le apresaron, que si en la almadraba del duque hubo una reyerta sangrienta, que si un alijo en la sierra y los guardias...

Todas las tardes se sentaba en el poyete de la esquina de la calle. Esperaba y esperaba a que apareciera su marido con la capacha al hombro y sus borceguíes al paso. Muchos días y años pasaron y Soledad siempre esperaba a la caída de la tarde con la fresquita, cuando los suspiros de sus macetas cerraban los pétalos amarillos, rojos y blancos. Cuando empezaba a oler el galán de noche, cuando se levantaba el viento fresco de la marea...

Siempre en el poyete, Soledad, los que venían del campo le decían: "a las buenas tardes", "¿cómo estás mujer?", "buenas tardes solcá". Y ella... ya ni contestaba o alzaba un poco la mano al saludo, sus ojos cansados, su pañolón negro de lana con flecos sobre los hombros pá el relente. La saludaban los gañanes, los arrieros, todos la conocían y le tenían lástima: "¡Qué buena mujé!".

Tenía su alma reseca, como un campo de rastrojo sin hacina ni espigas. Suspiraba y suspiraba, se santiguaba, siempre esperando como la tierra sedienta al agua de la lluvia. Su alma se iba apagando tarde a tarde como una palmatoria en la madrugada. Pero jamás dejó el poyete, jamás dejó de sentarse en su poyete al caer la tarde.

Pasaron los años, venteara, lloviera, al frío o al calor, siempre al atardecer Soledad en su poyete de ladrillos. Hecha un ovillito, acurrucada, parecía un negro suspiro sobre la pared encalada. Un día murió, hecha una pasita. Aquel día, de cuerpo presente, el jazmín junto a la escalera lloró sus flores blancas sobre las losas del patio. Por la cañada de la huerta de Foncubierta un arriero cantaba por la tarde una soleá....

*"al toque de la campana,  
al llegar la oscuría,  
los grillos cantan la nana  
al poyete Soledá".*

*Antonio Morillo Crespo*